

Testimonios de un Dios que no extraña

Cristianisme i Justícia



Con agradecimiento, a:

Pili Gómez

Beatriz Blesa

Antonio Cosías Gila

Txus Garcia

Sònia Moll Gamboa

Niurka Gibaja Yábar

Juanjo Peris

Esta publicación se distribuye gratuitamente. Colabora y únete a las personas que lo hacen posible.

- Bizum código: 05291
- Transferencia: ES23 2100 3205 1225 0002 4607
- www.cristianismeijusticia.net/es/donativos

Edita Cristianisme i Justícia. Roger de Llúria, 13, 08010 Barcelona
Tel. 93 317 23 38, e-mail: info@fespinal.com, www.cristianismeijusticia.net
Imprime: Ediciones Rondas S.L. Depósito Legal: B 9296-2025
ISBN: 978-84-9730-564-8, ISSN: 0214-6509, ISSN (virtual): 2014-6574

Dibujo de la portada: Roger Torres. Edición: Anna Barba y Santi Torres
Traducción y corrección del texto: Cristina Illamola. Maquetación: Pilar Rubio Tugas
Impreso en papel y cartulina ecológicos. Mayo del 2025

TESTIMONIOS DE UN DIOS QUE NO EXTRAÑA

Cristianisme i Justícia

Introducció	4
«Mucho más que dos» <i>Pili Gómez y Beatriz Blesa</i>	6
Perdonar a quien nos hiere. Ser LGTBIQ+ en la Iglesia, hoy <i>Antonio Cosías</i>	12
«Una alegría que nadie nos podrá quitar» (Jn 16,20-23) <i>Txus Garcia y Sònia Moll Gamboa</i>	19
Ser y creer en el amor de Dios <i>Niurka Gibaja Yábar</i>	25
Epílogo: de la oscuridad a la luz <i>Juanjo Peris</i>	28
Testimonios	31
Glosario	33

INTRODUCCIÓN

El cuaderno que tienes entre las manos es un cuaderno de testimonios. En él, escucharemos las voces de seis personas que generosamente nos ofrecen su testimonio de fe, una fe que se ha ido construyendo a lo largo de vidas marcadas por el sufrimiento y la resistencia, la exclusión y el encuentro, la relación conflictiva con Dios y el descubrimiento de su amor infinito.

El presente cuaderno es en cierto modo continuación de *El reconocimiento de las personas LGTBIQ+ en la Iglesia* (Cuaderno CJ n.º 229), y pretende tirar del hilo de lo apuntado allí por James Martin SJ:

el acercamiento pastoral a los católicos LGTBIQ+ no es simplemente una moda, ni una tendencia pasajera, ni siquiera algo que responda a las «presiones» de la cultura, sino una labor constitutiva de la Iglesia y una misión que encuentra sus raíces últimas en los Evangelios.

En este sentido, creemos importante partir de la evidencia de que la

Iglesia, como la sociedad, es en sí misma plural. Al margen de los discursos y de perniciosas idealizaciones, en la Iglesia hay personas con creencias y vivencias de la realidad, de sus propios cuerpos y de sus identidades sexuales y de género* muy diversas. Y queremos escucharlas.

Sin embargo, somos conscientes de que el contexto social y eclesial en el que nos movemos es complejo. Vivimos en un mundo ruidoso y cada vez más polarizado, fuertemente marcado por el auge global de la extrema derecha y en el que la violencia estructural, física y verbal contra las personas de los márgenes existenciales está a la orden del día. Y esos márgenes son

cada vez más amplios y están cada vez más poblados: personas migrantes y refugiadas, personas con diversidad funcional, niños y niñas racializados, personas con orientaciones sexuales disidentes, etc. Son los «exiliados ocultos», esos «cuerpos extraños» de los que habla el papa Francisco en *Fratelli Tutti* (97, 98). Ante estas realidades, el Papa nos llama a poner en primer plano

la apertura universal del amor que no es [un aspecto] geográfico sino existencial. Es la capacidad cotidiana de ampliar mi círculo, de llegar a aquellos que espontáneamente no siento parte de mi mundo de intereses, aunque estén cerca de mí. (FT, 97)

Así mismo, reconocemos que, en el marco eclesial, las realidades de estas personas han sido durante demasiado tiempo negadas, castigadas y excluidas, tal y como se verá en los testimonios. Casi siempre se ha antepuesto el juicio moral (y de una moral particular, la sexual) al testimonio vivo, y ha sido desarticulada cualquier tentativa de escucha. Es momento, pues, de volver las tornas y tratar de hacer justicia.

El espacio que ofrecemos a continuación pretende generar un entorno seguro, un espacio de escucha atenta en el que ese *yo pensante*, que somos todos nosotros –con nuestros *a priori*, nuestras dudas, nuestros juicios y prejuicios, pero también nuestra capacidad de amar–, se incline para dejar espacio al *tú que habla*. Un espacio de reflexión que se aleje de los prejuicios que deshumanizan a las personas LGTBQI+* y que se abra al silencio orante que da fruto.

Como se decía al principio, la fe que recorre y sustenta las vidas de estas personas nos ilumina. Se trata de una fe profundamente arraigada –«a prueba de bombas», como dirá Txus–. En ella podremos atisbar el Dios de la existencia, que es Amor, que es padre y madre, ternura y caricia. Un Dios que ama incondicionalmente. Un Dios que no «extraña», que no aleja, que no separa, que no excluye a nadie. Un Dios purificado y renovado en Jesús.

Gracias Pili, Bea, Antonio, Sònia, Txus, Niurka y Juanjo por vuestra generosidad.

Cristianisme i Justícia

«MUCHO MÁS QUE DOS»

Pili Gómez y Beatriz Blesa

Somos Pili y Bea. Recibimos el don del amor y lo acogimos, no sin dificultades propias y contextuales, sobre todo del entorno eclesial. Nos sentimos *matrimonio*, pues este sacramento es para nosotras el sacramento del amor, un amor entre dos personas que refleja el amor de Cristo a la Iglesia. Y nosotras nos amamos profundamente y creemos en este amor como imagen del amor de Jesús. Como mujeres creyentes que somos, siempre hemos estado implicadas en nuestras parroquias, colaborando en la pastoral juvenil, en el coro, con la inmigración o en cualquier otro ámbito. Esa implicación nace de una profunda experiencia del Dios de Jesús a través de su Palabra, de la vida litúrgica y de la vida comunitaria.

Un camino de liberación interior

Bea: Ambas hemos tenido que pasar por un proceso de liberación de conciencia en el ámbito del reconocimiento o la libre expresión de nuestra orientación sexual. En mi caso, este proceso ha tenido que ver con la aceptación de mi condición de lesbiana porque asumirla me costó mucho esfuerzo, tiempo y sufrimiento. Durante muchos años, viví mi orientación con miedo, con un gran sentimiento de culpa y en silencio. Entonces empecé terapia psicológica, a la que se unió una experiencia espiritual que finalmente me permitió decir en voz alta, para mí misma y

en mi entorno, quién era de verdad. A partir de ahí, cuando descubrí el amor y acepté que me había enamorado de Pili, pude vivir ese amor sin sentimiento de culpa o sin cargar con el pecado; al darle paso libremente, encontré que, de pronto, mi afectividad y mi sexualidad podían fluir libre y naturalmente, con alguien que me correspondía y con quien podía también vivir mi fe y el compromiso que esa fe lleva consigo. El amor supuso la desaparición de los miedos que había interiorizado, el miedo a mí misma.

El único conflicto real que debí resolver era que yo, en ese momento, estaba en una congregación y tenía que

discernir entre dos amores que me lo pedían todo. Al final, la elección por Pili tuvo que ver con la convicción de que esa opción también era expresión del amor de Dios; que el hecho de estar con Pili me permitía también vivir mi compromiso con Jesús y su Evangelio, a la vez que me posibilitaba vivir mi afectividad y sexualidad sin miedos. Y en todo ese proceso, entendí que el miedo no viene de Dios.

Pili: Yo formé parte de otra generación y no cargué con la vivencia de culpabilidad. No tenía muy claro qué me estaba pasando al enamorarme de Bea, pero tenía claro que el amor que nos unía era un regalo y una bendición de parte de Dios; para mí ha sido siempre un regalo el hecho de que Dios me permitiera encontrarme con una persona que me conocía desde la raíz, con la que poder compartir mis sueños más profundos, mis heridas o el camino cotidiano desde un Dios que le daba sentido y hondura. Sin embargo, mantuvimos el silencio, un silencio que en mi caso iba unido tanto al miedo a perder el trabajo como a la voluntad de no herir ni escandalizar a nadie. En mi interior, mi gran pena era no poder compartir a los cuatro vientos el precioso y sagrado vínculo que Bea y yo compartíamos, y que ahora ya cumple más de 15 años. Quizá el camino de liberación interior que he vivido va de la mano con dejar a un lado esos miedos que me atenazaban por dentro, por el qué dirán, por el miedo a escandalizar o de tener que vivir una doble vida que me impedía ser yo misma.

Bea: Cuando te reconoces como persona amada tal como eres por tu creador, salvada por Cristo, llena del Espíritu; cuando reconoces tu amor por

otra persona como manifestación del amor de Cristo a la humanidad, el camino espiritual te ayuda interiormente a dar un último paso, el de la expresión pública. Porque entiendes finalmente que decir que amas a una persona no puede causar escándalo a tus hermanos y hermanas. Y, si lo causa, el problema no es el amor, sino una cultura, desgraciadamente sostenida por una doctrina del magisterio, que distingue entre amores lícitos y amores pecaminosos.

Comunidades liberadoras para crecer en el amor

Bea: La comunidad nos ha acompañado en todo este proceso. Mientras nosotras no nos reconocíamos como pareja, nuestros compañeros y compañeras actuaron con enorme discreción y respetaron nuestros tiempos; pero, al salir del armario, nos saludaron con alegría. Y con la misma alegría, aunque no siempre lo hayan entendido, han acogido la vida de nuestros hijos, Andrés y Pedro. De hecho, quizá una de las experiencias más ricas que hemos vivido en nuestro grupo ha sido la confrontación fraterna con personas que no entendían ni compartían nuestra opción, sobre todo a la hora de plantearnos ser madres. Este compartir desde lo más profundo nuestras ideas, nuestra fe y también las dificultades ha sido un proceso de crecimiento precioso en el amor, en comunidad. Por eso, para nosotras ha sido fundamental encontrarnos y dialogar con la comunidad desde la honestidad, desde nuestra fe, desde nuestro ser criaturas de Dios que se reconocen al encontrarse con

otros y otras diferentes, con opciones distintas, pero que nos abren a un encuentro profundo entre hijos e hijas de un mismo Dios.

Pili: De hecho, una cosa sí tenemos clara y es que es importante contar con el respaldo de las personas de la comunidad, de los responsables, de los acompañantes sacerdotes... Si la respuesta al paso que se da es de rechazo, ¿cómo se puede mantener la vinculación comunitaria? De hecho, conocemos parejas que están viviendo conflictos en sus comunidades, y les es difícil solicitar apoyo. ¿Es miedo? En nuestro caso, incluso los compañeros menos *gay friendly* han ido dando pasos y, aunque puedan mantener reticencias «filosóficas» o racionales, nos sienten una familia más. El cambio se produce en la realidad, en el contacto, no enfrentando discursos.

Pili: En nuestro proceso de liberación personal y como pareja, el encuentro con la comunidad Ichthys (Comunidad de creyentes cristianos LGTB+H) supuso para nosotras un antes y un después. Esta comunidad pidió ayuda a la nuestra porque se sentían excluidos, necesitaban otras comunidades cristianas amigas que los acompañaran en el camino y nosotras, al ver a personas creyentes que luchaban por su fe y su identidad, pero no tenían miedo a reconocerse públicamente, empezamos a preguntarnos si queríamos «vivir en el armario» toda la vida. Sentíamos que la situación «se nos quedaba pequeña» y que no queríamos renunciar a hacer crecer nuestro amor. Y, verdaderamente, este camino se hace en comunidad.

Desde aquel momento, los acontecimientos se fueron encadenando uno tras otro, nuestra vida empezó a dar un

giro de 180° y, en menos de un par de años, habíamos formado una familia.

Bea: Estos últimos años de camino en nuestra comunidad han sido vitales. Nuestra comunidad de CVX (Comunidades de Vida Cristiana de espiritualidad ignaciana) llevaba desde la última asamblea nacional planteándose el tema de la diversidad como una nueva línea de misión, como una frontera a la que había que dar respuesta ante la Iglesia y la sociedad. Fue a finales de 2020 cuando elaboró un manifiesto público definiéndose como una comunidad diversa en sí misma, ya que algunos de sus miembros forman parte del colectivo LGTBI, o simplemente porque son separados o divorciados con pareja. La realidad de nuestra sociedad, de nuestro mundo, está presente en la Comunidad Cristiana, como no puede ser de otra manera. Y nosotras nos sentimos tremendamente orgullosas de pertenecer a una comunidad inclusiva, donde todos y todas las seguidoras de Jesús tienen su sitio si así lo desean. ¿Cómo no sentirnos acompañadas? Han sido enormes regalos para nosotras que hemos podido recibir en nuestro proceso. También por las consecuencias que tiene para otras personas y, esperamos, que para la Iglesia en su conjunto.

Pili: Nuestra historia ha hecho que la comunidad (local y nacional) se abra a la diversidad, que se viva no solo como misión sino como riqueza interna, que otros compañeros y compañeras hayan podido hacer su propia salida del armario en comunidad y nos sintamos «mucho más que dos». Y este sentirnos acompañadas nos ha impulsado también a acompañar a otras personas. Nosotras no hemos tenido muchos referentes de familias LGTBI

en el seno de la Iglesia y nos hemos enfrentado a muchas reticencias, pero es una llamada a la que queremos responder como familia y, si nos toca abrir caminos nuevos, pues aquí estamos.

El Sacramento de nuestra fe

Bea: Pili y yo celebramos con nuestra familia, amigos y comunidad CVX una «celebración del amor», porque necesitábamos poder compartir con nuestra gente ese Amor que nos unía. De hecho, no quisimos poner en un compromiso a nuestro asistente de la comunidad para que bendijera nuestra unión, así que estuvo en la celebración, pero como invitado y no se le sacó ninguna fotografía. Además, nosotras sabíamos que en el matrimonio los ministros son los contrayentes y, en nuestra celebración, éramos nosotras mismas las ministras; nos sentíamos bendecidas sin ningún lugar a dudas por el Buen Dios que nos había llevado hasta allí. No solo queríamos que fuera una celebración de nuestro amor, sino una invitación para que todos los que nos acompañaban en este camino pudieran renovar su amor, porque el Amor es el centro de nuestra fe. ¿No debería ser la expresión del Amor a los desconocidos, a los migrantes, a nuestros amigos, a nuestras familias, a nuestra pareja, el Sacramento de nuestra fe, de nuestra Iglesia?

Esa es la pregunta que nos nace cuando ha surgido el conflicto de las bendiciones de parejas del mismo sexo. ¿Qué se celebra en la Iglesia: la diferencia sexual o el Amor? En nuestro grupo de vida, de hecho, algunas parejas nos comentaban que conocernos les

había hecho plantearse cuál es la esencia del sacramento del matrimonio. ¿De verdad la clave es la complementariedad basada en el sexo biológico o una complementariedad basada en la especificidad de cada ser humano que funda una relación cuyo fundamento es el amor? En el fondo, lo que nos duele es la exclusión de parejas creyentes que quieren celebrar su amor.

Pili: Para nosotras, formar una familia ha sido la consecuencia lógica del proceso de pareja. Después de celebrar nuestro amor públicamente y casarnos, surgió la pregunta: ¿qué hacemos con el deseo de formar una familia? Obviamente, hay razones doctrinales para no meterse en ese jaleo, pero el simple hecho de vivir en pareja ya nos sitúa fuera de los «designios de Dios», según la misma doctrina. Algunos compañeros de comunidad nos enfrentaron al hecho de unos hijos sin la figura del padre, además de que no haya un padre biológico conocido. Pero lo cierto es que no nos lo planteamos como problema. Andrés y Pedro son nuestros hijos y nos esforzamos en crear para ellos un entorno de amor en el que puedan crecer como personas, como creyentes; contamos con la ayuda de la comunidad para enriquecerlos. Y estamos viendo que, por su parte, nuestra familia enriquece a la comunidad.

Sin embargo, nos cuestionábamos el deseo de construir una familia también por las vivencias y el reconocimiento vivido en nuestras propias familias.

Bea: En concreto, en mi caso, dentro de mi familia, uno de mis hermanos no me invita a actos sociales desde que tengo hijos, precisamente porque ahora no puede esconderme. Y no es un

problema de creencia, sino de costumbres, de prejuicios presentes en nuestra sociedad y en nuestra cultura. Nuestros hijos nos han sacado definitivamente del armario y eso puede tener consecuencias negativas.

Por eso podemos entender que haya personas para quienes sea difícil aceptar nuestra realidad familiar; pero nuestro proceso de liberación ha supuesto que, aceptando las reticencias de otras personas, esto no nos impida vivir nuestro proceso personal, de pareja o de familia.

Pili: Yo se lo anuncié a mi familia desde el principio y, como todo, ellos también han tenido que hacer su proceso, pero la actitud desde el primer momento ha sido de apoyo y cariño hacia nosotras. Hoy por hoy, toda mi familia extensa conoce nuestra relación y la han normalizado.

Ser LGTBIQ+ en la Iglesia

Bea: De entrada, nuestra Comunidad nos ofrece la riqueza de la espiritualidad ignaciana y de la Iglesia en su totalidad. Caminamos en nuestro día a día sintiéndonos Iglesia, creciendo en nuestro seguimiento al Señor Jesús, rodeadas de nuestros hermanos y hermanas de Comunidad y en el servicio a nuestra sociedad. Desde ella, hemos entrado en relación con numerosas comunidades cristianas con las que nos enriquecemos y seguimos en camino hacia esa fraternidad soñada por Dios, donde no hay distinción alguna, porque todos y todas somos hijos e hijas de Dios.

Pili: Asimismo, nuestra relación con la comunidad eclesial ha estado marcada por el hecho de que nosotras

siempre hemos estado ligadas a alguna parroquia desde que llegamos a Sevilla. También es cierto que buscamos lugares donde podamos celebrar y participar con cierta «tranquilidad» (es curioso que la mayoría de los espacios religiosos donde encontramos una mayor apertura pertenecen a congregaciones religiosas). De hecho, cuando bautizamos a nuestros hijos, fuimos a una parroquia que, además de ser aquella a la que asistíamos para la eucaristía dominical, sabíamos que no supondríamos un escándalo y pudimos participar del curso prebautismal como una familia más.

Por otra parte, ambas trabajamos en colegios religiosos pertenecientes a la Iglesia. Es donde siempre hemos querido estar; nuestra misión como educadoras siempre la hemos vivido ligada a la pastoral y nos sentimos plenamente parte de la misión evangelizadora de la Iglesia. Contamos con el apoyo y el cariño de nuestra institución y nuestros claustreros.

Bea: Además, hemos querido que nuestros hijos vayan a un colegio religioso y la acogida ha sido muy positiva en todos los ámbitos escolares. Creemos que es muy importante ser visibles en la realidad de un colegio concertado, siendo y participando como una familia creyente más en la realidad escolar a todos los niveles.

Nuestra misión

Bea: Como fruto de nuestro proceso sentimos la llamada a abrir nuevos caminos y hacerlo a distintos niveles: en la comunidad, en la Iglesia y en la sociedad en general. Dar nuestro tes-

timonio sin miedo y sin tapujos ayuda a normalizar nuestra realidad como familia homoparental creyente y ofrece referentes para las personas creyentes LGTBIQ+ de otras comunidades cristianas. Para una persona creyente LGTBI, que se encuentra en un proceso personal de aceptación, ver que otras personas han salido del armario y se las acoge la ayuda a seguir su camino personal. Ya no podemos esconder quiénes somos y en esa misma medida posibilitamos que la comunidad, los espacios donde nos movemos y la Iglesia vayan dando pasos de acogida de las realidades de diversidad.

Pili: Desde PADIS+G (Pastoral de la diversidad y de género) estamos trabajando para crear sinergias con otras comunidades cristianas y religiosas, y

así poder colaborar en parroquias que sean sensibles a la diversidad. Además, damos pasos para darnos a conocer por la jerarquía. Lo importante no son las dificultades que podamos encontrar, sino la ilusión por un camino que marca el Espíritu para ir construyendo una Iglesia más inclusiva y diversa.

En el fondo, esa misión la hemos asumido pensando en nuestros hijos y en las nuevas generaciones, pues ellas no van a aceptar exclusiones, creyentes de primera y segunda, leyes que discriminan. Solo si vamos generando conciencia de Iglesia como comunidad de iguales y nos convencemos todos y todas de esta realidad, nuestros hijos querrán formar parte activa de ella y vivir la alegría de anunciar desde ella un Evangelio que es Buena Noticia.

PERDONAR A QUIEN NOS HIERE. SER LGTBIQ+ EN LA IGLESIA, HOY

Antonio Cosías

Una pregunta que me hacen muchas veces es cuándo me di cuenta de que era homosexual. En realidad, fui siendo confusamente consciente de que sentía atracción por los de mi mismo sexo sobre los siete años, pero entonces no tenía ni idea de que existiese ese vocablo: la palabra «homosexual». Tampoco recuerdo el término «gay». Para mí los chicos que actuaban atraídos por otros chicos eran simplemente «maricas».

Un refugio llamado «armario»

El lenguaje ofensivo que sentía alrededor fue marcando el temor a contar lo que vivía en cuanto a mi afectividad e identidad sexual. Estaba muy confuso, pero era incapaz de pedir ayuda. Por supuesto me daba miedo confesarlo en casa, por ese pánico que nunca —en muchos años— terminó de despegarse de mí: temor al rechazo, a ser apartado, a ser tratado como un enfermo o un vicioso. Perder el amor de mi familia, el aprecio de mis amigos o ser objeto de insultos, exclusión, desprecio e incluso miedo a recibir agresiones físicas por ser gay, tal como había podido ver que les sucedía a otros chicos del colegio, del barrio, hijos de amigos de la familia, etc.

Mi familia es creyente, y he sido educado como cristiano. Mi fe de esos años se construyó sobre la base de una educación religiosa en la que cualquier persona como yo estaba predestinada al infierno, excepto si lograba apartar esos sentimientos impuros y deseos pecaminosos —algo que no podía evitar, como no podía dejar de tener los ojos azules—, o bien me arrepentía de corazón y rogaba a Dios que me ayudase a eludir ser así —lo cual hacía con frecuencia, siendo el fondo recurrente de mi oración a lo largo de muchos años—.

De mi niñez tengo recuerdos de angustia, de vivir en continua alerta y de ir concibiendo capacidades para eludir cualquier intento de que alguien pudiese conocer mi interior, lo que de verdad

era, vivía y sentía; y también de temor en cuanto a mi relación con Dios. Poco a poco iba construyendo un refugio que después supe que se llamaba «armario». En él tendría que esconder mi auténtico yo. Allí recogería las caretas que fuera necesitando para evitar que nadie supiese que era diferente.

Durante la adolescencia tenía fama de introvertido. Pese a ser sociable, divertido, simpático, ocurrente y un poco payaso, jamás hablaba de mí, nunca contaba lo que sentía, nadie me conocía de verdad. Me acostumbré a resolver mis propios conflictos yo solo y me resigné a vivir ocultando una parte importante de mí mismo. Quizá por eso, cuando ahora cuento mi historia, es como si me liberase de una pesada carga, como si desgarrase mi propia vida y Dios pusiera nombre a cada instante.

Una relación complicada

Dios y yo siempre hemos tenido una relación complicada. Según percibía cómo se comportaba la gente con las personas LGTBIQ+ (incluso gente cercana), no me atrevía a confesar nada. Y por lo que me iban revelando mis educadores, resultaba ser un pecador con muy pocas posibilidades de ganar el perdón de Dios. Dejé de incluir cualquier dato relativo a mi afectividad o sexualidad en las confesiones, tras una experiencia desagradable con un sacerdote que terminó llamándome «enfermo» e invitándome a visitar a un psiquiatra. Aun así, continuaba siendo un chico más espiritual que religioso, deseoso de que realmente Dios se pareciera más al padre del hijo pródigo que a ese juez que me presentaban y

que me acusaba de desviado y pecador. Ese combate me acompañó siempre en toda mi vida, triste y agobiante en la adolescencia, colérico y rabioso a medida que iba haciéndome adulto. Así que cuanto más claro tenía que yo no era culpable de ser así ni estaba contagiado de mal alguno, cuanto más evidente me parecía eso, más me alejaba de Dios. Más pecaba contra Dios.

Por mucho que copiara los comportamientos de mis amigos con las chicas era solo eso: una imitación por supervivencia. A los quince, mi mayor problema era que me sentía homosexual y no solo no era capaz de comunicarlo, sino que tenía que resolver un serio conflicto entre fe y vida. A los dieciséis años, la presión era tan grande que pensé que lo mejor sería terminar con todo. No me fue difícil conseguir unas pastillas y me dormí. Cerré los ojos con ganas de no despertar. No pasó de un susto inmenso para mi madre y un disgusto para mi padre, pero se las arreglaron para que nadie supiera que quise quitarme la vida y todo pareciese una intoxicación. Un día de hospital, lavado de estómago y varias sesiones de psicólogo ante el que tampoco fui capaz de contar la verdad y que terminó diagnosticando una crisis de adolescencia agravada por mi introspección. Pero nada trascendió. Se sumó a la lista de secretos. Muchos años después supe que mi madre encontró la nota que dejé sobre la mesa aquella tarde, de la que ni me acordaba, y sobre la que nunca me hizo mención.

Aquello no sirvió para ayudarme a dar el paso de sincerarme, pero definitivamente despertó en mí la necesidad de autoaceptación. Al mismo tiempo, ratificó la decisión de seguir escondi-

do, a salvo de cualquier daño. El armario se hizo sofisticado y mi doble vida algo habitual.

Mendigos del amor de Dios

Pocos días después de cumplir dieciocho años, conocí a un chico de mi misma edad, con dudas más o menos similares y los mismos miedos que yo. También estaba dentro del armario. También estaba aterrado ante la posibilidad de que sus padres, su familia o sus amigos se enterasen. También se estaba debatiendo entre dejar de creer o creer confiadamente.

Álvaro provenía de una educación religiosa muy tradicional. Y ahora que estaba siendo capaz de enfrentarse a la realidad de quién era, aceptándose y aprendiendo a respetarse, se encontraba con la paradoja de un Dios que le exigía su propio sacrificio. Ese sentimiento contradictorio lo experimentaba yo igualmente, aunque no de forma tan áspera. Ya era suficientemente doloroso mantener toda esa parte de la vida a escondidas, como para, además, pelear con las dudas de fe que, a esa edad, se convertían en silenciosas batallas encarnizadas. Y en mitad de esa guerra, como en las anteriores y en las posteriores, estábamos mi amigo y yo como tantos homosexuales cristianos, mendigando razones para seguir creyendo. Un día fuimos juntos a misa y se leyó el Evangelio de Marcos 12.

Habla del amor a Dios. Para un homosexual amar a Dios no es fácil hasta que no se asume que Él es el primero en tomar la iniciativa. Y esa certeza a mí me costó mucho tiempo interiorizarla. Me parece que creer con

convicción que Dios me ama apasionadamente fue mi primer acto de fe consciente. Desde ese momento fui capaz de enamorarme del Padre. Antes de eso era imposible. Antes de eso, arrojaba sobre él todos los prejuicios que educación y religión se habían ocupado de meter en mi cabeza y en mi corazón. No podía aceptar a un Dios que me había creado imperfecto, pecador, sucio y, consecuentemente, infeliz. Y eso mismo bloqueaba cualquier posibilidad de autoaceptación porque no era capaz de valorarme como persona.

Jesús también dice en el Evangelio de Marcos: «amarás a tu prójimo como a ti mismo», pero éramos testigos de cómo personas ejemplarmente creyentes, significativamente amorosas con Dios, incluso piadosas, eran incapaces de aceptar cerca de ellas a prójimos diferentes, en razón de su identidad sexual o de género, o incluso su color de piel. Esa contradicción —que Álvaro vivía en propia carne desde que sus padres lo echaron de casa por ser gay— hacía muy complicado sentirnos parte de una comedia de enredos donde nada es lo que parece y, a la vez, nos impedía salir del armario, en el que ciertamente aún estuvimos mucho tiempo más.

Amar a Dios y amar al prójimo es lo mismo. Amar a Dios sin amar al prójimo como a uno mismo es imposible. Tanto mi amigo como yo peleamos en estas dudas a lo largo de los años.

Álvaro murió de sida en 1990. En esa época fallecían muchos, mientras otros se alejaban escandalosamente del amor al prójimo proclamando que el VIH era un castigo de Dios contra los homosexuales. Él murió sin sus padres, que tampoco lo aceptaron como a un prójimo al que amar como a ellos

mismos. «Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente, con todo tu ser, y amarás a tu prójimo como a ti mismo». Pero no hubo corazón, ni alma, ni mente, ni prójimo al que amar, ni estaba Dios.

El síndrome del impostor

Durante muchos años fui catequista. Y en esta etapa nunca me sentí realmente feliz en el pleno sentido de la palabra. Ciertamente, mi experiencia fue, por un lado, gratificante—pues aprendí mucho y recibí aún más—; por otro, respetable y respetuosa—nunca me aparté de la doctrina, muy a mi pesar— y, finalmente, me llevó a enfrentarme a la verdad y a decidir ponerme ante Dios con las cartas boca arriba, por lo que, de alguna forma, también tuvo un lado instrumental, fue el martillo que golpeó el clavo y me hizo sentir el dolor y notar la sangre, una herramienta que se fraguó lentamente hasta ser eficaz. Un preguntarme «¿qué hago yo aquí?», para después buscar las respuestas.

Mi periodo de catequista de jóvenes no me ayudó a ver en los Evangelios un mensaje acogedor; solo observaba en la Palabra amenazas como «si no dejas de ser así...». Y evidentemente yo no podía dejar de ser como era. De ahí mi tristeza, mi infelicidad en ese tiempo de animador pastoral, por mucho que disimulase todo tipo de sentimientos, utilizando las caretas que con eficacia había aprendido a usar desde pequeño, para aparentar la «normalidad» de un chico heterosexual. Lo que anunciaba a esas chicas, a esos chicos, no era la alegría del Evangelio. Y aquí

quiero pedir perdón por no haber sido fuerte a tiempo, en especial por no haber sido tan valiente como para ofrecer una palabra de esperanza a las chicas y chicos LGTBIQ+ que pasaron junto a mí mientras miraba hacia otro lado para no ponerme en evidencia.

Una tarde estaba en una de las reuniones con los jóvenes siendo catequista. Justo había utilizado el texto de Lucas sobre el bautismo para ilustrar la charla y orientar la dinámica, para que así entendieran lo que significaba el sacramento.

Les hablé de nacer de nuevo, dejando atrás en el agua todo lo que nos mancha, permitiendo que el fuego del Espíritu reescribiese nuestras vidas. Mientras explicaba todo eso a las chicas y chicos que me escuchaban, sentía un vacío inmenso porque no vivía—ni creía— nada de lo que les contaba. De repente, fui plenamente consciente de que todo lo que estaba ofreciéndoles como persona era un fraude. Hacía mucho tiempo que ni el agua bastaba para purificarme ni mucho menos sentía el calor del Espíritu entibiar mi doble vida. Cuando terminó la reunión busqué al responsable de mi equipo de catequistas y le dije que no volvería más.

Por lo que he podido compartir con otras personas LGTBIQ+ creyentes, es bastante común esta sensación de parecer una estafa—en especial entre los que desempeñamos en momentos alguna tarea pastoral—. No en vano, en nuestro secreto interior mantuvimos una encarnizada lucha entre quien se supone que deberíamos ser y lo que realmente éramos. ¿A quién pretendíamos engañar? Era inevitable autoaceptar nuestra identidad sexual o, por el

contrario, arrancarla de cuajo y resignarnos a ser lo que la *sociedad de bien* y la religión esperaban de nosotros, enterrando nuestro yo real para perpetuar una vida de mentira.

Darle una oportunidad a la misericordia

Durante casi tres años dejé todo atrás. Había abandonado mi comunidad de fe, mi labor de pastoral como catequista, los sacramentos y apenas me quedaba la inercia de la oración, que cada vez era más breve y superficial.

Conservaba una tenue fe, pero estaba cansado de esperar la voz de Dios, ahogada por mis gritos. Pero al fin callé y pude escucharle.

Las palabras de Jesús en el Evangelio «Amad a vuestros enemigos, haced el bien a los que os odian, bendecid a los que os maldicen, orad por los que os injurian» (Lc 6-27-36) son para mí de las más bellas y radicales de todas las que podamos encontrar en las Escrituras. Desde esta premisa, reconozco que es también el texto que más está agitando, transformando y conmoviendo mi corazón a lo largo de los últimos años. Con esta lectura de Lucas mi confianza en Dios evolucionó de la nada al todo, desde la desolación hasta el fiarme y, por eso, darme, con mis fallos y mis dones, pero al fin y al cabo darme sin dejar nada en el armario del resentimiento.

Lucas recoge la voz firme de Jesús en unas frases contundentes. Hacer las cosas sin esperar nada a cambio no es precisamente la filosofía imperante en las sociedades humanas. Y aún menos amar a los enemigos, no juzgar, no

condenar, perdonar, orar por los que nos calumnian... Jesús dice que así tenemos que comportarnos si queremos que Dios tenga en cuenta nuestras vidas.

El primer recuerdo nítido de haberme parado a pensar en este pasaje de Lucas es de cuando tenía quince años. El día de mi cumpleaños fui a confesarme. Busqué una iglesia donde no me conocieran. Normalmente, lo hacía con un sacerdote del colegio que siempre me había parecido una persona amigable y cercana, pero a quien nunca me había atrevido a contar nada sobre mi identidad sexual. Esa vez sentí la necesidad de hablar con alguien y expresarle mis dudas, mis temores y mi angustia. Se me ocurrió, pues, buscar un cura desconocido para quien yo fuera totalmente anónimo. Sin embargo, a cambio de confiarme a él, recibí una fiera arenga sobre el grave pecado que llevaba en mi alma y las terribles consecuencias que resultarían de perseverar en mi vergonzoso instinto. Creo que esas fueron sus palabras porque se me quedaron grabadas, entre otras igual de dolorosas. Triste y defraudado, me senté en un banco un buen rato, hasta que empezó la misa. Quien celebraba era el mismo que me confesó. Al llegar al Evangelio leyó el texto de Lucas 6 sin ser consciente de que cada frase de Jesús que pronunciaba era totalmente contraria a los argumentos que me había dicho poco antes en el confesionario. Esa persona, al menos conmigo, no había sido capaz de llevar a la práctica las palabras de Jesús y había dado mucha más importancia a la doctrina y a la tradición que a un pobre chaval pidiendo auxilio y consuelo. Es más, después de conde-

narlo, le concedió el perdón mecánico y una receta para «curar la homosexualidad».

Cuando las personas LGTBIQ+ nos acercamos a este pasaje de Lucas por primera vez, lo hacemos con un profundo sentimiento de víctimas porque acarreamos una larga experiencia de afrentas. Vivimos y nos sentimos como enemigos impuestos, a quienes muy poca gente ama; nos maldicen y calumnian; hieren nuestras mejillas, nos quitan el manto y somos permanentemente juzgados. Esta es nuestra realidad, un presente que vivimos en la mayor parte de los casos sin poder expresarnos con entera libertad.

Y el dolor que sentimos en los diferentes niveles de invisibilidad, el miedo, la soledad, la tristeza que pervive bajo la aparente normalidad de heterosexuales homologados va acrecentando ese sentimiento de víctimas, a la vez que bloquea cualquier posible suposición de que también existe la posibilidad de convertirnos en sujetos activos y actuar con la misericordia que, quizá, no recibimos de otros.

A esto me refería cuando afirmaba que este texto de Lucas ha evolucionado en mí con el tiempo, con la experiencia, hasta lograr conmoverme y agitar mi corazón, porque de ningún modo las mujeres y hombres LGTBIQ+ somos ajenos a la reacción que suscita cada frase de Jesús. Más bien lo contrario: desde que tenemos conciencia, las personas LGTBIQ+ cristianas vivimos en un continuo proceso de discernimiento, entre aceptarnos tal como somos o renunciar y vivir en la mentira, entre creer o no creer, entre odiar o perdonar. Hemos desarrollado una capacidad enorme para interpretar

y asumir todo tipo de situaciones. La experiencia de no sentirnos aceptados ha acrecentado nuestra capacidad de esperar hasta que la percepción sobre nuestra realidad cambie y la aceptación sea un hecho. Esto es, esperar en la esperanza de que cambien los corazones, dando oportunidad a la misericordia de arraigar en el alma de todas las mujeres y hombres.

Vivir conforme a su voluntad

Creo que la novedad no está, sin embargo, en aguardar que esta palabra de Jesús se cumpla en nosotros como sujetos pasivos. Lo subversivo y radical es que las personas LGTBIQ+ comencemos a comportarnos con la misericordia que Jesús nos ruega. Somos nosotras y nosotros quienes debemos amar a nuestros enemigos y hacer el bien a quien nos odia, bendecir a los que nos maldicen y orar por quienes nos calumnian.

Cuando nos hieran la mejilla, ofrecer la otra, y a quien nos quite el manto démosle también la túnica. Demos a quien nos pida y a quien nos quite lo nuestro no se lo reclamemos. Tratemos a los demás como queremos que nos traten. Seamos misericordiosos como nuestro Padre es misericordioso. No juzguemos y Dios no nos juzgará. No condenemos y Dios no nos condenará. Demos y Dios nos dará.

Estas actitudes, absolutamente evangélicas, desarman todo argumento donde subyace la exclusión, la marginación y cualquier actitud homófoba. Cuando hemos actuado así, hemos podido dismantlar prejuicios y trasladar a un plano anecdótico la tradición y la

doctrina que han empobrecido el mensaje auténtico de Jesús durante siglos. Hemos conmovido corazones.

Y en sentido recíproco, percibimos que Dios ya no solo nos ama inmensamente como personas LGBTQ+, sino también porque vivimos conforme a su voluntad, dando amor, porque de Él recibimos amor.

Personalmente, durante demasiado tiempo me he sentido bloqueado para darme, porque el rencor, el resentimiento y la actitud victimista secuestraron mi capacidad de perdonar. Y sin querer, eso afectaba a mi relación con

Dios porque no era fiel a su Palabra. Es muy difícil orar por los que me calumnian, por ejemplo. Como homosexual, lamentablemente estoy expuesto a todos esos riesgos: que me odien, que me excluyan, que me calumnien, que me hieran, que roben mi dignidad, que sean inmisericordes conmigo o que me condenen o señalen. Todo eso pueden hacerme por ser diferente. Pero, si yo no reacciono con amor y comprensión, con misericordia, aún sin renunciar a la denuncia profética, entonces seré como ellos. Porque con la medida con que mida, Dios me medirá a mí.

«UNA ALEGRÍA QUE NADIE NOS PODRÁ QUITAR» (Jn 16,20-23)

Txus García y Sònia Moll Gamboa

Nuestro testimonio está marcado por la herida y por el amor. Los dos hemos tenido que luchar ante la exclusión directa de nuestras comunidades y el ostracismo por parte de la Iglesia. Pero, a la vez, la confianza en un Dios que es Amor y que bendice y acoge con ternura las diferencias se ha ido fortaleciendo a lo largo de nuestra vida. Creemos, y lo vivimos con alegría, que una nueva Iglesia está naciendo, más próxima a la Iglesia primitiva, inclusiva, en la que todes* seremos reconocidos en nuestra diversidad. La resiliencia y la resistencia de quien ha sido excluido será clave para construirla.

Sònia Moll: una comunidad que es herida

Txus: ¿Cuándo dirías que se despertó tu fe por primera vez?

Sònia: Nací en una familia cristiana católica practicante, con una madre muy devota y un padre que había sido cura durante 19 años y que en todo momento daba testimonio de su fe, tanto de palabra como de acto. Íbamos a misa los domingos y los días de precepto, a catequesis, bendecíamos la mesa, estudiábamos en colegios religiosos... Aun así, la primera vez que sentí la fe como una experiencia no solo doctrinal, sino también personal y auténtica, fue en unas convivencias del colegio, a los

13 años. Vinieron unas chicas un poco mayores, de la Guineueta. En el autocar, estuvieron todo el viaje cantando canciones que hablaban de Dios, pero que no eran nada ceremoniosas. Tenían tanta alegría interior que, luego, en la plegaria, me impactó verlas tan centradas, tan conectadas. Me desmontaron la idea de que la Iglesia y el vínculo con Dios tenían que ser serios y severos. Y también fue la primera vez que la vivencia de la plegaria como diálogo amoroso con Jesucristo era íntima y comunitaria a la vez. Y, sobre todo, amorosa. Y allí empecé a sentir una fe muy profunda.

Txus: Veo que para ti es importante la vivencia de la fe en comunidad.

En este sentido, ¿cuándo fue la primera vez que sentiste que esta comunidad te excluía por el hecho de ser lesbiana?

Sònia: Era 1996, yo tenía 22 años y estaba en el armario. Escribí un libro juvenil que trataba de un chico que se enamoraba de otro chico. Era lo que yo había vivido en la adolescencia (me había enamorado de una chica que jamás lo supo), pero me daba pánico que pensarán que la novela hablaba de mí. El caso es que a mi grupo de la JOC-JOBAC (Juventud Obrera Cristiana-Jóvenes Cristianos de Barrios y Ambientes Populares), de la cual era iniciadora, le hizo mucha ilusión y lo presentamos en la parroquia. Poco después, el cura, joven, pero muy conservador, dijo que el libro no era adecuado para los jóvenes porque podía confundirlos en la «maduración» de su sexualidad. Que no se tendría que haber permitido esa presentación. Entendí que lo que yo era no era bienvenido en la comunidad. Fue el primer dolor. Ya me había ido alejando de algunos dogmatismos de la Iglesia, pero esa situación, y el hecho de que muy poco tiempo después me expulsaran como iniciadora de la JOC-JOBAC con unos argumentos capciosos, hicieron que me alejara totalmente, durante muchos años.

Txus: Cuando me has hablado de esa expulsión, siento que has conectado con una herida que duele porque había un vínculo fuerte. Háblame un poco de la relación que tenías con la Iglesia antes de esta presentación.

Sònia: Tras la confirmación, llegó un cura nuevo a la parroquia e introdujo la JOC-JOBAC. Con este grupo, a la vivencia personal y comunitaria de la fe se unió la implicación social activa. Se basaba en los valores del

Evangelio junto a la lucha obrera y, por extensión, junto a las personas que sufrían opresiones en cualquier ámbito. Fue un punto de inflexión. Me sentí muy en comunidad, profundicé en la plegaria individual y, además, adquirí un compromiso social que nunca me ha abandonado. Una amiga y yo éramos responsables del grupo de iniciación para adolescentes de 15 años, nosotras teníamos 19. Nos involucramos muchísimo. Pero, entonces (y curiosamente coincidiendo con la presentación del libro que te mencionaba), en una reunión con el consiliario, nos dijo que no estábamos llevando bien el grupo. Que nuestros jóvenes «pensaban demasiado». Y que había temas delicados que no estábamos preparadas para trabajar con ellos, como, por ejemplo, la sexualidad. Su mensaje, pues, ahogaba el pensamiento crítico y penalizaba los cuerpos y el deseo de las personas jóvenes, alejándolas de una revisión de vida realista a la luz de la fe.

Txus: Este miedo a la sexualidad, llena del oscurantismo clerical, todavía se arrastra y sanciona vidas. En cambio, hay una teología del cuerpo que habla, precisamente, de las relaciones personales y de su intimidad cisheteronormativa*, patriarcal y con finalidad reproductiva. Sin embargo, me sorprende la visión cerrada de la JOC-JOBAC, que proclamaba que el Evangelio atraviesa la vida entera. Porque la idea es que la Palabra sea una realidad diaria, patente y absoluta, y esto incluye no solo la socialización, el trabajo y la vida familiar, sino también la relación consentida y amorosa con nuestros cuerpos y los de las otras personas.

Sònia: Bien, supongo que tropecé con personas individuales que se

aferraban a interpretaciones religiosas coercitivas y punitivistas de la intimidad y las relaciones, y al concepto de «pecado» que se derivaba de ello. Más adelante, he podido reformular este concepto: he entendido que lo que denominamos «pecado» es la ausencia de amor. Y la ausencia de amor es la negación de Dios. Porque Dios es amor. El Amor. Y este es precisamente el pecado: renunciar a este don maravilloso.

Txus: Amén. Pienso que esta insistencia en percibir el cuerpo y las relaciones como un motivo de escándalo y pecado es clave en el tratamiento hacia las personas LGTBIQ+: se nos expulsa de la comunidad no por nuestra carencia de fe, sino por nuestra libertad de pensamiento, cuerpo y emociones. La Santa Madre Iglesia es como las madres reales: puede ser acogedora y atenta con las necesidades de sus criaturas, pero también puede ser una madre castigadora, castradora, que no tiene fe en nosotros. Pero nosotros sí que tenemos fe en esta Iglesia, porque queremos a Dios. La Iglesia necesita segadores (Lc 10,2) y no nos quiere en la cosecha, es desalentador que la Iglesia no acoja a quienes somos diferentes: las ovejas negras, las pérdidas, las que más amaba Jesús. Por eso, cuando nos expulsan, sentimos el peor dolor filial: se rasga el vínculo entre madre y criatura porque la criatura no puede expresarse en su autenticidad. Es como cuando te alejas de tu familia de sangre, porque estar cerca duele y no te deja florecer. Para ser y vivir con coherencia y verdad, muchas personas hemos sufrido esta ruptura tan dolorosa con la Iglesia, y experimentamos el destierro de un espacio que también consideramos nuestro, porque creemos en Jesús, nuestro

amigo, nuestro hermano, nuestro amor. Esta expulsión farisaica deja heridas muy hondas y es un empobrecimiento y una contradicción evangélica para la comunidad católica.

Txus García: La fe desde un cuerpo divergente

Sònia: ¿Cómo empezó, en ti, la fe?

Txus: Desde que tengo uso de razón, he vivido una certeza muy honda del amor de Dios, de manera natural. Recuerdo tener tres años e ir a Montserrat con mis padres y besar a la Moreneta de una manera espontánea, como si fuese alguien querido, no porque me lo dijeran. Mis padres no eran religiosos ni devotos, pero sí sentían una espiritualidad muy honda y ancestral, arraigada en la necesidad de amparo y respuestas. Procedo de generaciones de pescadores y de campesinos, de personas que vivían la fe con la sencillez de un niño: mirada al cielo para pedir lluvia o que la tormenta no los ahogase en el mar. Agradecer la pesca y la cosecha, celebrar la alegría de volver a puerto. No era una fe de rosarios ni indulgencias, la de quien lo tiene todo fácil y puede dedicar tiempo a ir a todas las misas con mantilla y zapatos nuevos. Tenían una cotidianidad muy dura. Y cuando santificaban las fiestas, daban un agradecimiento profundo a Dios porque tenían comida, cobijo o salud. Para mí, por tanto, el hecho de saber desde que era una criatura que había un Dios que nos amaba, que nos cuidaba y que nos daba ese cobijo, me fascinaba. Y, desde que aprendí a leer, ya leía los Evangelios y una Biblia infantil. Fui a las Teresianas y tenía acceso fácil a la

capilla, donde a menudo me escapaba en lugar de ir al recreo. Allí me sentía bien, en silencio y mirando a Cristo. Por eso creo que el olor de iglesia siempre me ha reconfortado, lo siento hogar.

Después, la fe fue creciendo conmigo, y durante la adolescencia ya conecté con el enamoramiento directo con Jesús, que no he dejado de sentir nunca más. En aquel momento, como todavía no había transicionado*, la respuesta a aquel enamoramiento era profesar como monja. Lo intenté con mucha alegría y entrega: llevé a cabo dirección espiritual y estuve a punto de ser postulante de manera oficial, el paso previo al noviciado. No fue posible porque tenía muchas confrontaciones con mi madre, que me exigía quedarme cerca de ella para cuidarla. Pero, sobre todo, detecté que, a pesar de que había monjas que ejercían un trabajo social comprometido, silencioso y muy duro, las incoherencias de las más influyentes o de la Iglesia en general me turbaban y generaban contradicciones. El Evangelio que yo quería vivir de una manera total y radical a la vez, como una práctica diaria, se confrontaba con las riquezas eclesiales, la obediencia ciega a estructuras de poder, la carencia de contacto con la realidad y el extremismo. También recibí una desafección más o menos abierta por parte de estas monjas, que eran las que tenían más poder de decisión en mi proceso, y la obediencia nunca ha sido mi fuerte. Entre una cosa y la otra, mi entrega se frustró y, a pesar de que nunca perdí el amor por Cristo, la vida me llevó por otros caminos.

Sònia: ¿Crees que estas monjas intuían que eras una persona *queer**?

Txus: Creo que sí, siempre he sido muy poco binario en mi expresión de género*, y esto es un tema complicado para la Iglesia, dirigida de una manera machista y cisheterocentrista, restrictiva con el sexo y aferrada de manera enfermiza a la normatividad. Es este sesgo de pensamiento, traducido en un catecismo paternalista y prescriptivo, el que realmente confunde a las personas y a la comunidad, no nuestras existencias diversas. Cuando era joven no sabía denominar lo que sentía y era; en los 90 –tú también lo viviste– no había información ni referentes y, además, yo era de provincias. No llevaba ninguna etiqueta, pero sí que sentí una afección más particular por alguna amiga. Y las monjas veían mal estos «afectos particulares». Las relaciones en las comunidades consagradas siguen siendo una cuestión pendiente, oscura, fuente de culpabilidad sin haber cometido ningún «pecado» más que querer a alguien en un entorno que huye de ternuras y apoyos humanos, como es la vida religiosa. De hecho, conozco monjas de diferentes congregaciones que fueron «invitadas a irse y discernir» por este motivo, lo cual les causó crisis espiritual y trauma emocional.

Sònia: Es traumático porque se nos excluye por lo que somos. Después viene la demonización de nuestras sexualidades no cisheteronormativas, que se añaden a todas aquellas cuyo objetivo no sea la procreación en el marco del matrimonio.

Txus: También se nos excluye por lo que «parecemos». En mi caso, me escapaba naturalmente del binarismo hombre-mujer con una expresión de género libre. La Iglesia todavía hoy institucionaliza el género binario y es-

tablece que las únicas relaciones sanas, correctas y sin pecado son dentro de un matrimonio procreador. Y cualquier persona que se desvíe de esta cisheteronorma queda fuera, absolutamente, de la bendición canónica y vive «en pecado». La expulsión se amplía a las personas que tienen relaciones sin casarse, a las divorciadas... Y a las personas asexuales también, porque no consagran su asexualidad a Dios, no es un celibato. Finalmente, alejan también de su vocación y ministerio a las personas consagradas que se casan o viven en pareja.

Sònia: Esta insistencia en fiscalizar la sexualidad de la gente no tiene nada que ver con la fe. El legado más importante de mi padre, en paz descanse, es que Dios es amor. Lo decía continuamente. Y un amor incondicional, que no hace distinciones. Y aquí yo, mujer cis* lesbiana, y tú, hombre trans*, también entramos. La estructura religiosa que quiere legislar nuestros cuerpos sobra. Por otro lado, no encaja con el mensaje de los Evangelios. Jesús siempre estaba con quienes la sociedad y las estructuras de poder civil y eclesiástico margina: las mujeres, los pobres, los enfermos, las prostitutas, los extranjeros...

Txus: Ahora que mencionas estos grupos, me viene a la mente que la Iglesia ha heredado de los fariseos (Lc 18,9-14) la sensación de formar parte de los «escogidos», el rechazo a la «impureza» y el ninguneo hacia las personas desheredadas. Y llegó Jesús y escogió, justamente, vincularse con ellas. La jerarquía eclesiástica mantiene esta visión clasista y excluyente, y la pone en el centro, en vez de decantarse por el mensaje vivo, tierno y radicalmente social de Jesucristo. Y así, todas esas personas que no cumplan

con las leyes eclesiásticas son anatematizadas. Y estos preceptos no son de Dios —acogedor y amoroso—; son de los hombres poderosos, que han decidido qué es puro y qué es impuro, es decir, qué se puede hacer y qué no se puede hacer, quién puede estar dentro y quién tiene que estar fuera, a quién se puede bendecir canónicamente, a quién pastoralmente y a quién no se puede bendecir de ninguna forma. Las personas LGTBQI+ seguimos siendo impuras junto con las queridas trabajadoras sexuales y otros colectivos. Jamás recibiremos la legitimación, la igualdad ni el respeto, solo una tolerancia tibia y la obligación de un eunuquismo falsamente llamado «celibato».

La firmeza de nuestra fe

Sònia: Esto me conecta con el presente, en el que vivo, vivimos, un segundo dolor. Hemos hablado del primero, el que nos alejó de la Iglesia: el dolor de la exclusión de la comunidad. Te hacen creer que tu fe no vale, porque, si tú no eres digna —«impura»—, ¿cómo va a valer aquello en lo que crees? Es un dolor que ataca una parte muy importante de tu humanidad, que es el deseo de trascendencia encarnada. El segundo dolor viene después de haberme reencontrado con la fe, al buscar comunidades con las que pudiera compartirla sin ser señalada, excluida o violentada. Es una suma de anécdotas que no afectan la fe en sí, que se ha fortalecido, pero que no dejan de ser violencias ejercidas contra nosotras por el hecho de ser quienes somos. Por ejemplo, ir a misa con mi pareja y que el padre de una de las niñas con quien yo iba a catequesis me niegue la paz.

Txus: Esto es grave. Justamente es en el momento de la paz cuando no hay fronteras entre los seres humanos. Y así es como Jesús nos ama. Y, además, es un mandamiento suyo: «(...) deja allí mismo, ante el altar, tu ofrenda, y ve primero a hacer las paces con tu hermano» (Mt 5,24). Este hombre que te niega la paz no está siguiendo lo que dice Jesús. Es él quien no tendría que comulgar.

Sònia: Totalmente. De hecho, ahora, con 51 años y habiendo vivido y viviendo abierta y orgullosamente como persona LGTBQ+ desde los 33, ya sin el autoodio (lo cual agradezco al movimiento transfeminista) y con la certeza de que Dios ama incondicionalmente, la fe se ha fortalecido. Por eso, el rechazo que he vivido en ciertas situaciones dentro de la Iglesia no duele igual. A veces, incluso, ha habido alguna situación grotesca que me ha hecho reír: un día iba cogida de la mano de una chica y nos cruzamos con una mujer que, al vernos, empezó a hacer compulsivamente la señal de la cruz mientras nos miraba con los ojos como platos, como si hubiera visto al demonio.

Pero hay una cuestión central en la vivencia de la fe que la Iglesia continúa impidiendo a las personas LGTBQ+: los sacramentos, que conectan la divinidad con la experiencia vital. Y son esenciales. Por ejemplo, la Reconciliación o sacramento de la sanación es un reencuentro con el amor de Dios, lejos de culpabilidades estériles. Es una reafirmación de que Dios nos ama, incluso cuando no estamos alineados con su amor incondicional. O la Eucaristía, que incluye la plegaria, el agradecimiento, la presencia espiritual. Por el hecho de ser personas

queer, la Iglesia nos considera indignas de los sacramentos o de participar activamente en ellos. No nos reconoce como matrimonio y, por lo tanto, no nos hemos podido casar por la fe que nos une. No vamos a misa si no es a nuestra parroquia por miedo a que nos nieguen la comunión. Tú no puedes ser ordenado cura de manera canónica, como querías. Ni yo, si quisiera, tanto por mujer como por lesbiana. Esta exclusión nos impide vivir la fe en una comunidad católica como nos gustaría, es decir, en libertad, alegría e igualdad.

Txus: Cierto. Pero me gustaría decir que creo profundamente que viene una nueva (y antigua, de hecho: primigenia) Iglesia en la que podremos vivir sin exclusiones. Sé que avanzaremos lo suficiente y lucharemos hasta dejarnos el espíritu para construir comunidades inclusivas. Tengo la certeza de que algunas de las virtudes que atesoramos las personas LGTBQ+ son una gran resiliencia y resistencia, y que, por lo tanto, nuestra fe acaba siendo a prueba de bombas. Las personas que somos creyentes dentro de estos contextos y que vivimos el ostracismo por parte de la ortodoxia tenemos una espiritualidad fuerte y muy genuina. Una fe interna, un Cristo en nuestro interior, una conexión realmente firme que ninguna estructura puede destruir. Seguimos adelante amando a Jesús e intentando vivir el Evangelio cada día, con nuestros actos, de una manera coherente. A pesar de que el resto de la Iglesia no nos incluya, nosotros sí incluimos a todo el mundo, y lo hacemos porque sabemos lo que es el rechazo. Y tal como hemos cantado muchas veces en misa, sentimos «una alegría que nadie nos podrá quitar».

SER Y CREER EN EL AMOR DE DIOS

Niurka Gibaja Yábar

Dios me ama como soy. Esta experiencia de amor extremo y gratuito es lo que ha marcado profundamente mi vida, y es lo que me permite afirmarme cada día como hija de Dios. Un Dios hecho carne, manifestado especialmente en las personas que ocupan los márgenes de la sociedad, y también de la Iglesia: los pobres, las personas LGTBI+. No queremos ya compasión que apacigüe conciencias, sino ser reconocidas en nuestra plena dignidad.

Una vida llena de Gracia

Hablar de lo que el Dios de la Vida hace en mi vida es abrir los ojos del corazón y sonreír a la libertad con los brazos abiertos. Han pasado tantos años desde que cual suave susurro tocaste mi vida y sigo respondiendo con alegría y gratitud a la pregunta: «¿cómo podría ser yo sin ti?»; y la respuesta me llena de alegría: no sería posible, soy contigo, eres parte de mi vida, de mi historia, de mi proceso, de mis noches oscuras, de mis lágrimas de dolor, de mis tristes penumbras, pero también del gozo y descanso de la oración en tus brazos, de la fuerza y valentía para SER y CREER sin desfallecer; de la alegría y la esperanza para seguir

caminando; de la libertad para gritar al mundo: «esta soy yo única e irrepetible y no hay otra».

Aquellos Ejercicios Espirituales en los que encarnadamente comprendí que lo más importante es que Tú me amas y que Yo soy una respuesta de Amor fue la *experiencia fundante* que me hizo salir al mundo orgullosa de ser quien soy. La llama de tu Espíritu en mis entrañas más profundas sigue ardiendo cual fuego vivo que se hace testimonio de lo que Tú estás haciendo en mi praxis cotidiana, en mi solidaridad, sororidad y feminismo; en mi capacidad de acompañar a tantas personas empobrecidas por sistemas estructurales que deshumanizan; en mi fuerza para seguir defendiendo los derechos

humanos como lo hiciste tú; en mi brazo tendido para seguir levantando a tantas personas negadas en su identidad; en mi fe para seguir anunciando y gritando al mundo la *Buena Nueva* que haces en mi vida. La sociedad y las Iglesias (quienes se atribuyen tener la potestad de tu autoridad) tienen que comprender que tu Gracia también inunda la vida de aquellas personas y creyentes negadas en lo más sagrado: *su Identidad*.

La Iglesia como mesa compartida

¿Es posible ser una persona trans y creyente? Esta es la gran pregunta que todavía invade nuestras vidas; y debo decir con profunda rotundidad que sí es posible; en la Iglesia hay espacio para todas las personas. El Amor del Dios de la Vida no niega ni rechaza a ningún ser humano. Si dices que amas a Dios y no amas a las demás personas, entonces no amas al Dios de los Evangelios: «Ámense como yo os he amado». Estas palabras son la columna vertebral para el seguimiento del Dios de Jesús. Comprender, sentir y vivir evangélicamente este mensaje es lo que hace posible que siga viviendo en integridad mi *Ser y Creer* en Jesús, el Dios encarnado en la humanidad. Las personas LGTBI+ creyentes ya no queremos migajas, ni una compasión calma conciencia, menos un asistencialismo empobrecido. Queremos dignidad que implica caminar en igualdad de condiciones, de oportunidades y responsabilidades dentro de la Iglesia. En definitiva, queremos y exigimos que se nos devuelva el ser reconocidas en nuestra Identidad. Y esto pasa por

tener voz y voto dentro de las estructuras eclesiales en la que también fuimos bautizadas.

La Iglesia de hoy está llamada a ser una mesa compartida donde todas las personas tengamos un lugar. La Iglesia de Jesús anuncia, acoge, abraza y pone en altos tronos de gloria a toda la humanidad, sobre todo a aquellas personas desechadas de la norma, la institución, la estructura, la sociedad...

Los deberes pendientes de la Iglesia

No podemos dejar de escuchar el grito del siervo sufriente que clama justicia en las estructuras eclesiales. En el Sínodo, entre otros temas –como el de las mujeres, los abusos sexuales dentro de la Iglesia, etc.–, salió el grito de dignidad e inclusión real de las personas LGTBI+ dentro de la Iglesia. La Iglesia en fidelidad al seguimiento de Jesús tiene la gran responsabilidad de *caminar unida y escuchar* a todas las personas creyentes. No podemos olvidar que las personas empobrecidas deben «ocupar el lugar central» dentro de la Iglesia de Jesús; entre ellas, las personas LGTBI+ que no se sienten aceptadas en la Iglesia. La Iglesia del Jesús de los Evangelios está llamada a *curar heridas, pedir perdón, reconocer y acoger* en su seno a todas aquellas personas expulsadas a la diáspora por ser como son.

Pedir perdón, reconocer y acoger son tres conceptos que la Iglesia tiene que poner en praxis en relación con las personas LGTBI+ creyentes. Pedir perdón por habernos negado la dignidad de hijos de Dios, por habernos expul-

sado de la mesa compartida por nuestra orientación e identidad de género. Reconocernos en nuestra identidad tan válida y bendecida como cualquier otra. Y acogernos como hermanos, hijos de un mismo Padre-Madre que se desvive sin dejar a nadie atrás. Es importante recordar que el reconocimiento de las personas LGTBI+ dentro de la Iglesia implica que tengamos voz,

voto, bendición sacramental, participación activa de la vida eclesial, responsabilidad de ser testimonio vivo de ese Jesús que dio su vida por salvarnos, dignificarnos, humanizarnos-divinizarnos. Esto solo es posible si dejamos atrás miradas inmanentes, estrategias humanas, cálculos políticos o batallas ideológicas, y nos abrimos a hablar con el corazón y mirar con los ojos de Dios.

EPÍLOGO: DE LA OSCURIDAD A LA LUZ

Juanjo Peris

«Tenemos pleno derecho y pleno deber, como cristianos/as adultos/as, de compartir preocupaciones y esperanzas. Siempre abiertos al Dios vivo y al espíritu de acogida de los hermanos/as. Siempre en la Iglesia corresponsable y comunal. Siempre, superada la amargura estéril y con una voluntad sincera de dar testimonio, de abrir espacios y de crear comunión. [...]»

El Espíritu del Crucificado Resucitado Jesús os acompaña, sobre todo en medio de las sombras y las cruces. Por Él, ya nuestra vida es Pascua...», Pere Casaldàliga.¹

Muchas historias de vida *queer* tienen en común el hecho de haber sufrido experiencias de rechazo y estigma, pero también están llenas de honestidad, autenticidad, coraje, fortaleza y resistencia. Pasan de la vergüenza y el miedo al orgullo y visibilidad. De la oscuridad a la luz. Gracias Pili, Bea, Antonio, Sònia, Txus y Niurka por sentirnos cristianos adultos y compartir vuestras historias con todos nosotros. Necesita-

mos escuchar historias de vida que nos ayuden a romper con nuestros miedos y nos ayuden a reflexionar.

No es fácil ser abiertamente homosexual en la Iglesia. Heredamos una visión del «dualismo griego entre cuerpo y alma» que inferiorizó el cuerpo y que comportó «una desconfianza y descalificación del sexo y el placer sexual».² Desgraciadamente, ha habido grandes dificultades para convivir con la di-

1. Pere Casaldàliga, Carta inédita enviada al encuentro estatal «Cristianismo y Homosexualidad», celebrado en Torremolinos (Málaga), en marzo de 2003.

2. Luís Corrêa Lima, SJ: *Teología y LGBT+. Perspectiva histórica y desafíos contemporáneos*. Buena Prensa, 2022 (p. 16). En otros momentos, Corrêa añade: «“Sean fecundos, multiplíquense” (Gen 1,28) fue escrito en tiempos del exilio de Babilonia. Para el pueblo expulsado de la tierra y sometido a una potencia extranjera, crecer era fundamental para la supervivencia de la nación, de la cultura y de la religión» (p. 62). También, afirma que el «pecado sexual» era entendido como la acción de los órganos genitales o uso indebido del «líquido seminal» (p. 35).

versidad: las relaciones sexuales entre personas del mismo sexo han sido percibidas, a lo largo de la historia, como pecado, delito, enfermedad o amenaza. La acusación de sodomía se utilizó, incluso, para justificar el dominio y la conquista.

Muchas culturas indígenas y precoloniales conocían y aceptaban la intimidad entre personas del mismo sexo o la existencia de un tercer género. Un ejemplo de ello son los «Dos Espíritus», término paraguas que recoge distintas acepciones de diferentes culturas y lenguas antes de la colonización para referirse a variaciones de género o atracción hacia el mismo sexo entre los pueblos originarios de América del Norte. Muchos gozaban de la aceptación de la comunidad e incluso adoptaban roles de responsabilidad, situación que pervivió hasta la llegada de los colonos europeos.

Muchas personas *queer* crecieron sin referentes, entre el miedo y el silencio. Crecer en una sociedad discriminatoria y fóbica nos llevó a vivir con miedo o vergüenza, y nos privó de las herramientas necesarias para el descubrimiento personal y de información vital, como puede ser todo lo referido al consentimiento. La mayor parte de los problemas expresados por personas

LGTBIQ+ que piden ayuda profesional se vincula con un rechazo que, a menudo, comenzó en la familia o la escuela.³ Las tasas de suicidio son más altas entre la población LGTBIQ+.

La aceptación de la propia identidad es un punto de no retorno para muchas personas *queer*. El *coming out* (o «salida del armario») supone un ejercicio de autenticidad y verdad. Para un cristiano, supone reconocerse como imagen de Dios y pensar que te ama y te bendice cuando actúas como una persona *queer*, porque lo vives como don de Dios.⁴

Sin embargo, para muchas personas creyentes, aceptar la propia identidad puede suponer una ruptura dolorosa o poner en crisis nuestra pertenencia a la Iglesia. «¿Qué hago yo aquí?», se preguntaba Antonio. La búsqueda de comunidades donde poder ser auténticos y sentirnos seguros es un elemento común. De hecho, el concepto de «sexilio» nos habla del fenómeno que lleva a las personas *queer* a emigrar para encontrar un lugar donde vivir una vida más viable o donde desarrollar una vida sin sufrir rechazo, discriminación o violencia.⁵

El hermanamiento con otros colectivos marginados es algo identitario en muchos grupos LGTBIQ+ desde su

3. Cito el testimonio de un compañero del *London Gay Men's Chorus*: «He tomado drogas durante 18 años debido al trauma durante mi infancia, al *bullying* en el colegio y la pérdida de mi pareja por sida. Muchos de esos años estuve envuelto en *chemsex**. Estas conductas casi destrozan mi vida. Finalmente, me recuperé y dejé las drogas en 2015. Decidí comenzar LGMCa** después de que un compañero del coro me pidiera ayuda por su adicción». **Chemsex*: fenómeno que consiste en el uso de sustancias psicoactivas con el fin de mantener relaciones sexuales de larga duración. **LGMCa: grupo de apoyo entre personas que sufren/han sufrido adicciones en el *London Gay Men's Chorus*.

4. Miguel Sánchez Zambrano: *Homosexualidad. Las razones de Dios*. San Pablo, 2022.

5. Ignacio Elpido Domínguez Ruiz: *Tú a Soria, yo a Barcelona*. Egales, 2023.

origen.⁶ Esta solidaridad sigue siendo crucial para muchos, pues genera espacios de encuentro y comunión. En Estados Unidos, ya en el mismo año de la revuelta de Stonewall, se crearon comunidades de apoyo a cristianos LGTBIQ+, en las que poder ser abiertamente creyente y *queer*.⁷ Así, incluso en un contexto de tanto estigma y exclusión como el de la pandemia de VIH+, encontramos una Iglesia que acompaña y se abstiene de condenar a las personas que sufren.

Las historias llenas de autenticidad, verdad y coraje pueden ser luz para todo el Pueblo de Dios. No podemos desperdiciar los dones de la gente *queer*, que pueden ser «únic[os]» brindando un mensaje de compasión, perdón y

autoaceptación»;⁸ que nos pueden ayudar a caminar hacia una Iglesia en la que las personas LGTBIQ+ puedan desarrollar todos sus dones; que sea un espacio seguro para que los menores LGTBIQ+ crezcan con dignidad; que ofrezca espacios de reconciliación para los que tengan que sanar heridas. Queremos una Iglesia que ofrezca pastoral a personas LGTBIQ+ y a sus familias, en la que todos podamos acceder a los sacramentos. Una Iglesia reconciliada con nuestra corporeidad, más libre, diversa, decolonial e inclusiva.

Gracias de nuevo Pili, Bea, Antonio, Sònia, Txus y Niurka por aportar luz con vuestras historias. Deseo que sirvan para abrir espacios y crear comunión.

6. Por ejemplo, Marsha P. Johnson y Sylvia Rivera, iconos de la revuelta de Stonewall, crearon el movimiento STAR, que daba hogar a jóvenes trans y gays que sufrían violencia en las calles. Un ejemplo de transversalidad en España la podemos ver en la película de Alejandro Marín *Te estoy amando locamente* (2023), donde vemos como el movimiento LGTBQ+ en Andalucía nace cercano y solidario con otras luchas vecinales y sociales.

7. En 1969, el agustino Patrick X. Nidorf funda Dignity en EE.UU. En sus propias palabras, «parece obvio que la iglesia no cubre las necesidades de la comunidad gay». Más tarde, en 1977, la hermana Jeanine Gramick y el P. Robert Nugent fundan New Ways Ministry en Nueva York, una iniciativa dedicada a gays y lesbianas católicos.

8. Alan Downs: *The Velvet Rage. Overcoming the Pain of Growing Up Gay in a Straight Man's World*. LifeLong Books, 2012 (p. XV).

Pili Gómez es la mujer de Beatriz, madre de Andrés y Pedro, sus gemelos, y trabaja en la educación concertada como maestra de primaria. Forma parte de las Comunidades de Vida Cristiana en Sevilla (CVX). Es una mujer profundamente creyente, una mujer de Iglesia que ha experimentado en su vida la fuerza y la importancia de la comunidad cristiana. Por ello, no cesa en su empeño de seguir luchando, desde dentro, por la igualdad, por una Iglesia que crezca al estilo de Jesús donde todas y todos tenemos cabida.

Beatriz Blesa es la mujer de Pili, y es licenciada en Filología Hispánica, con una diplomatura en Ciencias Religiosas. Dedicó su vida a la educación en un centro religioso y nutre su fe en las Comunidades de Vida Cristiana, donde además puede vivir la misión desde una perspectiva internacional, comunitaria y orientada hacia las periferias. Se siente muy orgullosa de formar parte de la Iglesia y de su comunidad como mujer y lesbiana. A nivel eclesial, comparte ilusión con otras mujeres en la Revuelta de Mujeres en la Iglesia y participa en el equipo de Pastoral de la Diversidad (PADIS+G) en Sevilla.

Antonio Cosías Gila es licenciado en Magisterio por la Universidad de Sevilla y estudió Catequética en el Centro de Estudios Teológicos de Sevilla. Es cofundador de la Asociación Ichthys - Cristian@s LGBTI+H de Sevilla (2004), donde actualmente

es responsable de las Redes Sociales y forma parte del Equipo de Acompañantes a personas creyentes LGTBI. Desde hace varios años publica en las Redes de Ichthys una reflexión al Evangelio de cada domingo, dentro de su blog *Dios sin Armario* (diosinarmario.blogspot.com).

Txus García es escritor, educador no formal y acompañante espiritual. Activista LGTBIQA++ y antiespecista independiente. En cuanto a la espiritualidad, la vive desde un espíritu inclusivo, interreligioso y comunitario. Es estudioso de la simbología y de las teologías feministas y *queer*. Es practicante chamánico, diacono de la AR-CWP y cristiano de base, con vocación de servicio a la comunidad y en lucha por un mundo más justo, pacífico y solidario para todos los seres, en comunión amorosa con la naturaleza. IG: @txusgarcia

Sònia Moll Gamboa es escritora, profesora de catalán para personas adultas y facilitadora de talleres literarios. Cristiana de base, activista LGTBIQA++ y exmiembro de la JOC-JOBAC. Hija de madre chilena y padre excruciado alineado con la Teología de la Liberación, siempre ha intentado vivir la fe desde una mirada evangélica radical, con una perspectiva interconfesional, decolonial, anticapitalista y feminista.

Niurka Gibaja Yábar es una mujer trans, teóloga y activista por los

derechos humanos. Cursó la licenciatura de Teología en la Universidad Centroamericana José Simeón Cañas (El Salvador) y un máster en Teología Dogmática en la Universidad Pontificia de Comillas. Actualmente, forma parte de la comisión ejecutiva de la Federación Estatal de Lesbianas, Gais, Bisexuales, Trans, Intersexuales y más (FELGTBI+) y es miembro de Crismhom - Comunidad Cristiana LGTBI+H de Madrid.

Juanjo Peris es trabajador social. Actualmente vive en Londres y trabaja mayoritariamente en temas de protección a personas vulnerables. Es superviviente de abusos sexuales en la Iglesia. Estudió en el seminario y trabajó para Cáritas en Andalucía y Marruecos, pero ambos espacios se interrumpieron al revelar su orientación sexual. Participa en el Área Social de Cristianismo i Justicia. Canta en el coro Gay de Londres.

Cisgénero/Cis: término utilizado para referirse a las identidades de aquellas personas cuyo género coincide con el sexo asignado al nacer.

Expresión de género: manifestación externa del género individual a través de la apariencia física (ropa, estética personal, etc.), los gestos, los patrones de conducta, el nombre... Puede coincidir o no con la identidad de género de la persona o con los roles tradicionales de conducta.

Género: construcción cultural asociada a los individuos en función del sexo biológico asignado al nacer. Incluye las expectativas, los prejuicios, los estereotipos que una sociedad asigna a los individuos. En nuestro contexto, tradicionalmente se ha construido siguiendo una estructura binaria (hombre - masculino / mujer - femenina).

Heteronormatividad: régimen social y cultural que impone la heterosexualidad como única sexualidad normalizada, natural y aceptada.

Identidad de género: vivencia interna del propio género tal como la persona lo siente, que puede coincidir o no con el género socialmente atribuido en función del sexo asignado al nacer.

LGTBIQ+: siglas que nombran al colectivo de lesbianas (L), gays (G), transgénero (T), bisexuales (B), intersexuales (I), *queer* (Q) y otras identidades sexuales y de género que rompen

la heteronormatividad (+). Puede aparecer con variantes, con más o menos siglas (como A de asexuales). En este cuaderno se ha respetado la escritura original de los testimonios, pero se ha unificado el orden de las siglas.

Queer: término paraguas que engloba a aquellas personas que no se sienten representadas en un marco binario de identidad y/o expresión de género. Puede identificar al colectivo LGTBIQ+ o puede ir más allá. El término, que en inglés significa ‘raro’, ‘extraño’, históricamente se utilizó como término despectivo, pero fue reapropiado por el colectivo en su lucha por el cambio social.

Todes: algunos activistas utilizan la letra «e» para crear un género gramatical neutro (inexistente en el español), con el que las personas que no se identifican con el género masculino o femenino puedan sentirse representadas. También se utiliza para expresar un plural neutro inclusivo.

Transgénero: término paraguas que engloba a aquellas personas cuya identidad y/o expresión de género no coincide con las expectativas convencionales del sexo o el género asignados al nacer.

Transicionar: proceso social, legal y/o médico que lleva a cabo una persona trans para alcanzar el confort con el propio cuerpo y su identidad de género.

Cristianisme i Justícia (Fundació Lluís Espinal) es un centro de estudios creado en Barcelona el año 1981. Agrupa un equipo de voluntariado intelectual que tiene por objetivo promover la reflexión social y teológica para contribuir a la transformación de las estructuras sociales y eclesiales. Forma parte de la red de centros Fe-Cultura-Justicia de España y de los Centros Sociales Europeos de la Compañía de Jesús.

Cuadernos CJ

Últimos títulos

- 234. *Ricos y pobres en el Nuevo Testamento*. J. I. González Faus
- 235. *El Espíritu sopla desde abajo*. V. Codina
- 236. *Cristo y las culturas*. C. Maza
- 237. *Contra la necronomía*. I. Zubero
- 238. *Del Sínodo al jubileo: construyendo comunidad en diálogo*. C. Inogés
- 239. *Dar razón de la esperanza en tiempos de incertidumbre*. F. J. Vitoria
- 240. *Hacia el poscapitalismo*. R. Díaz-Salazar
- 241. *Testimonios de un Dios que no extraña*. Cristianisme i Justícia

La Fundació Lluís Espinal envía gratuitamente los cuadernos CJ. Si desea recibirlos, pídalos a:

Cristianisme i Justícia

Roger de Llúria, 13, 08010 Barcelona

93 317 23 38 • info@fespinal.com

www.cristianismeijusticia.net

También puede descargarlos en:

www.cristianismeijusticia.net/es/cuadernos

Colabora con nosotros:

www.cristianismeijusticia.net/es/donativos



Mayo del 2025 • Tiraje: 35.000 ejemplares

